

**A** **K** *dem* *Reseñas*  
**A** **S**



INÉS QUINTERO. (2006). *El último marqués. Francisco Rodríguez del Toro. 1761-1851*. Caracas: Fundación Bigott.

El oportunismo que guió la existencia social y política del cuarto y último marqués del Toro llena las páginas de esta biografía, de la que se imprimieron dos mil ejemplares en la primera edición (2005), tres mil en la primera reimpresión (2005), y cinco mil en la segunda (2006). El total de diez mil ejemplares impresos en menos de un año indica que este libro circula como pocos en Venezuela y, dada la naturaleza de su contenido, sugiere que hoy día hay una considerable demanda de conocimiento crítico acerca de los próceres y de los modos como la república los ha representado.

La biografía en cuestión consta de una “Introducción” y de tres partes tituladas, respectivamente, “Marqués”, “Patriota” y “Prócer”. Dentro de cada una de estas partes hay títulos y, dentro de estos, subtítulos, de acuerdo con los cuales se desenvuelven tanto la narración biográfica como la descripción de los universos ideológicos a los que se adscribía, o de los que renegaba, el marqués, según cambiaban las circunstancias políticas. A este respecto cabe adelantar que la historiadora Inés Quintero sigue las huellas del biografiado, en pos de examinar las condiciones y las contradicciones que, durante la crisis de la Independencia, determinaron entre los miembros acomodados de la sociedad la toma efectiva de partido.

Las pocas palabras que, de acuerdo con lo que escribe la autora en la “Introducción” (pp. 5-13), la historiografía venezolana le ha dedicado al marqués no revelan sino su participación en la revolución independentista. Nada de cuanto Toro hizo antes o después de esa revolución recibió, ni en el siglo XIX ni en el XX, la atención de los historiadores. Ocupados más bien en ponderar las cualidades del procerato nacional, los biógrafos del marqués hasta ahora han sido precisamente sus apologistas. La tesis doctoral de Inés Quintero, que luego se transformó en el libro *El último marqués*, en cambio, recoge esas apreciaciones típicas sobre el prócer para mostrarlas como componentes de la mitología independentista. Todo cuanto la autora escribe de Toro tiene un respaldo empírico en la indagación de documentos públicos y privados que ella misma hizo en Venezuela, en España y en Inglaterra. Las referencias bibliográficas y archivológicas de estos documentos están consignadas en la biografía al final de cada parte.

En la primera parte del libro, titulada “Marqués” (pp. 15-92), se expone la genealogía del biografiado y se reseñan el establecimiento y la sucesión del marquesado del Toro a lo largo de cuatro generaciones. La historiadora desarrolla la narración de los hechos en que tomó parte Francisco Rodríguez del Toro durante las décadas anteriores a la Independencia. A los veinticinco años de edad, Toro heredó el mencionado título nobiliario y, a los veintiocho, obtuvo la Cruz de la Orden de Carlos III. También compró el cargo de regidor perpetuo del Cabildo de Caracas, cuyos miembros eran casi todos parientes suyos. Decidido defensor de la desigualdad, se opuso, junto con el resto de los aristócratas caraqueños, a la sanción de leyes que en algún sentido favorecieran a las clases dominadas. Tampoco toleraba las faltas a los tratamientos: cuando supo que el cura de Guacara asentaba su nombre de marqués del Toro sin el debido tratamiento de Señoría, le exigió que rectificara todos los documentos en que ese título estuviera omitido. Su fidelidad al rey, certificada y jurada más de una vez, no admitía reparos, y por eso hizo parte de una comisión de nobles que pusieron a la orden del rey sus recursos y sus propias personas para custodiar a los reos implicados en la conspiración de Gual y España y para mantener, si se viera amenazado, el orden de la provincia. Durante esa contingencia intentó colocar en cargos militares a toda una lista de parientes suyos, pero el capitán general, advertido del aprovechamiento, se lo impidió.

El marqués, no obstante, ingresó al Real Servicio y, en nombre del rey, persiguió a Francisco de Miranda cuando el desembarco en La Vela. Y no solo lo persiguió sino que durante más de un año, al mando de un batallón, se mantuvo en alerta preventiva ante la amenaza del conspirador. Miranda, sin embargo, le escribiría más adelante al marqués unas cartas en que le proponía soliviantar al Cabildo en perjuicio de los españoles. El marqués, para hacer ostentación de su lealtad, entregó esas cartas a las autoridades. Lo hizo a propósito de la reprimenda que recibieron en 1808 los nobles de Caracas por haber conformado una junta de gobierno apenas tuvieron noticias de la deposición del rey legítimo. Incluso hubo quienes, como el marqués y José Félix Ribas, temerosos de ser estimados como delincuentes políticos, solicitaron una constancia de su condición de vasallos fieles a la monarquía española.

En la segunda parte de la biografía, titulada “Patriota” (pp. 93-164), Quintero relata que el marqués del Toro, quien hasta entonces había sido un aristócrata fiel a la monarquía española y un irredento solicitante de certificaciones relativas a sus privilegios nobiliarios, comandó, entre mayo de 1810 y enero de 1811, la que fue la primera campaña militar emprendida

contra la autoridad real así como la primera derrota del bando que pronto instauraría la república. La Junta de Caracas dio el nombre de Ejército del Poniente a este cuerpo militar que sin éxito dirigió el marqués en la tarea de someter a los realistas de Coro. La historiadora, sin embargo, estima que la sola puesta en práctica de esta campaña produjo la polarización de los dos bandos, pues, mientras los monárquicos rechazaban con más ímpetu a la Junta, los miembros de esta se radicalizaron hasta declarar la independencia. El marqués, en calidad de diputado por El Tocuyo, firmó el acta que declaraba la independencia. Asimismo, firmó la primera constitución de la República sin indicar su título de marqués, puesto que los fueros y privilegios acababan de ser derogados.

Toro recibió la orden de reprimir un motín realista en Valencia, justo en el mes de julio de 1811. También fracasó en esa oportunidad. Miranda, a quien el ejecutivo colocó en seguida en lugar de Toro y aun por encima de este, sí sometió la ciudad, pero la perdió en menos de un año frente a Monteverde. Antes de que la República se desplomara, el Generalísimo Francisco de Miranda le ordenó a Toro que levantara en los llanos un cuerpo de caballería. El antiguo marqués tomó de inmediato el rumbo indicado para desviarse luego, sorpresivamente, hacia Cumaná, en el oriente del país. De allí, con unos parientes suyos, huyó unos meses después a Trinidad, desde donde empezaría a dirigirle memoriales al rey de España, implorando la salvaguarda de sus derechos nobiliarios no apenas el orden monárquico se restableciera en la provincia. Durante diez años, los mismos en que Venezuela era devastada por la guerra, el marqués del Toro intentó convencer a la autoridad real de que él no había tenido nada que ver con la rebelión independentista. En sus argumentos sostuvo que los revolucionarios lo habían engañado para forzarlo a vivir bajo su sistema. Lo mismo tuvo que demostrarles a las autoridades inglesas en Trinidad, de donde lo habrían expulsado si se hubiera tenido conocimiento de su verdadera participación en la revolución venezolana. De la suspicacia de los británicos a propósito de la presencia del marqués en Trinidad hay en el Public Record Office de Inglaterra suficientes documentos que la historiadora pudo consultar.

En el Archivo General de Indias, en España, reposa el fallo con que el rey le concedió al marqués, no sin algunas restricciones, el ansiado perdón. Por la misma época, Bolívar le envió a Toro unas cartas en que lo llamaba *autor de la redención*, y en que lo invitaba amistosamente a participar en los asuntos de la República. Si este requerimiento hubiera llegado al conocimiento de los

británicos o de los españoles, los mencionados trámites de reconciliación con la corona habrían fracasado. Estas cartas, a las que nunca respondió su destinatario, están transcritas en la tercera parte de la biografía, titulada “Prócer” (pp. 165-236); basándose en ellas, la historiadora asegura que el Libertador ignoraba las súplicas de Toro al rey. A la postre, la clemencia obtenida por las súplicas del marqués no tuvo ningún efecto, puesto que los gastos de la guerra impidieron a las autoridades reales de Caracas pagarle a Toro una subvención deducida de sus propiedades. En 1821, tras el resultado de Carabobo, Toro tuvo que renunciar a sus pretensiones con el antiguo régimen. Por eso regresó a Venezuela, donde se hallaban todos sus bienes y donde podría aprovecharse de su fama de iniciador de la Independencia.

Al oportunismo del marqués durante las primeras décadas de la República y las últimas de su vida está dedicada la última parte del libro. Una vez regresado a Caracas, el marqués puso todas sus esperanzas en su amistad con el ya poderoso Bolívar. Conquistó por medio de adulaciones la amistad de Páez, a quien ofrecía favores y preparaba peleas de gallos en su hacienda Mucundo. En premio de ello, y gracias también a la buena estimación que le profesaba el Libertador, el marqués fue nombrado Intendente del Departamento de Venezuela. A ese cargo renunció en menos de un año por varios problemas suscitados durante su gestión; sin embargo, Páez lo nombró inmediatamente Comandante de Armas de Caracas. El adaptadizo ex marqués apoyó a Páez en la época de La Cosiata (movimiento político de separación de Venezuela de La Gran Colombia), a la vez que, en unas cartas a Bolívar, responsabilizaba a Santander de los resquemores separatistas de Venezuela. En esas cartas enfatizaba, como solía hacer siempre que podía, su autoridad moral como fundador de la nación. Cuando un enemigo personal publicó unos panfletos que ventilaban el pasado realista del ex marqués, su huida a Trinidad y sus conductas incongruentes con respecto a la Independencia, Toro tuvo la necesidad de desmentir esas acusaciones mediante unos argumentos inverosímiles reproducidos en otros panfletos. La suerte favoreció al marqués porque su difamador cayó en desgracia con Páez, quien, por causa de otro escrito, lo expulsó del país.

A medida que avanzaba el tiempo, disminuía la participación efectiva del biografado en la vida pública. Sin embargo, en la década de 1830, Toro se convirtió en centro de agasajos por su condición de iniciador de la revolución de 1810. En la década de 1840, solicitó en cuatro ocasiones a la Cámara de Representantes una resolución que lo acreditara como patriota. Toro basaba la

solicitud que tanto reiteraba en el mantenimiento de su honor y de su dignidad, y, en ese sentido, estaba actuando como treinta años antes, cuando le solicitaba al rey certificaciones de la misma índole. Pero la Cámara de Representantes nunca se pronunció al respecto, porque las preocupaciones de Toro sencillamente resultaban extemporáneas en el universo republicano. De todos los fundadores de la República, el antiguo marqués fue el último en morir. Fue enterrado en Caracas, en la iglesia de la Santísima Trinidad, de modo que cuando, décadas más tarde, se erigió sobre esa misma iglesia el Panteón Nacional, los restos del marqués ya estaban allí.

La biografía del marqués del Toro trata de un hombre realista y republicano, quien defendió los privilegios que le reservaba el antiguo régimen, aunque también los combatió. La sucesiva necesidad de reacomodo que presidió su vida hay que comprenderla, según Quintero, como un signo no visto hasta entonces del cambio de Venezuela en nación independiente. En el nuevo estado de cosas, lo que acababa de ser creado convivía con los ingredientes del pasado inmediato. *El último marqués*, en resumen, estudia las grandes contradicciones de la Independencia en las conductas de sus promotores, los mantuanos caraqueños, puesto que ellos iniciaron unas reformas incongruentes con los privilegios que les aseguraba el régimen monárquico. Además de constituir un notable aporte tanto a la historia de la Independencia como a la crítica historiográfica, esta obra cuenta entre sus cualidades la de estar dirigida no solo a los lectores especialistas en esas materias sino a todo lector interesado.

John Narváez  
Universidad Central de Venezuela  
john.narvaez@gmail.com